



YOSETH ARIZA ARAÚJO

Flaco, fue el primer apelativo afectuoso que usó La mona para llamarme cuando, luego de dos semanas de clases, avanzamos a la zona de confianza. La mona, que pedía prestado el rubio platino a una multinacional de tinturas, tenía razón, respecto a todos los de la clase yo me veía flaco. Pesaba un poco más de sesenta kilos, de los cuales me sentía muy orgulloso puesto que un año antes había abandonado, por primera vez en 30 años, el estable peso de los cincuenta y pico.

Estaba el 2005 en su ocaso cuando llegué a Cali. Por primera vez un miembro de mi familia llegaba tan al sur de Colombia. Puede parecer un logro insignificante pero, cuando eres parte de una familia guajira que gira alrededor de una indómita matrona, fiel al partido liberal y de tradición contrabandista, expandir las fronteras de la exploración más allá de Bogotá era un hito importante.

Había iniciado el periplo a los 16 años cuando salí del pueblo que inspiró el San Tropol Eterno del padre Pío Quinto Quintero y llegué a la Bogotá de los 90, que distaba de la ciudad que mi abuela había conocido décadas atrás, cuando la travesía entre la costa y el altiplano era posible en tren. El frío de Bogotá contrastaba con la calidez de la colonia guajira que me recibió. Como muchos provincianos que llegan a la capital, había llegado directamente a una red de soporte instalada que hizo más fácil la adaptación a la nevera.

Costeño, me llamaron los compañeros de medicina en la semana de inducción a primer semestre en la Universidad Nacional de Colombia. Así fue, para estudiar y llegar a ser alguien en la vida, llegué a La Nacional luego de terminar el bachillerato en un colegio de monjas carmelitas, que era público y mixto (increíble pero cierto: las tres condiciones pueden coexistir), donde todos me conocían por mi nombre de pila y para mayor especificidad lo completaban

con dos artículos y un nombre propio para indicar pertenencia a mi mamá o a mi papá.¹

En Bogotá me hice ciudadano, adquirí un número de ocho dígitos para mi identificación, perdí mi apodo con mis artículos de pertenencia y para referirse a mí los cachacos, a quienes yo llamaba por sus dos nombres, empleaban un gentilicio genérico a secas: costeño. Años después, conversando con mis amigos sobre la época en que nos conocimos me confirmaron que siempre pensaron que era apropiado y cuando usaban el apelativo de costeño lo hacían con sincero afecto, a penas equiparable al afecto que los Vargas le profesaban a Ramiro en *Dejémonos de vainas*.

En el ciclo clínico se amplió substancialmente el círculo social y, ante un mayor número de costeños en el hospital, el círculo consideró útil apelar a una especificidad geográfica; fue entonces cuando apareció “El guajiro” como apelativo. Luego de atender a una paciente caí en cuenta que ese otro círculo con el que interactuaba constan-

1. Hasta hace poco tiempo, cuando una mujer adquiría por primera vez el estado civil de casada se registraba de nuevo la identidad, lo que consistía en reemplazar el apellido materno por el del esposo precedido del artículo de para señalar propiedad. De esta manera Fermina Daza si hubiera contraído primeras nupcias con mi primo Florentino, se hubiera registrado como Fermina Daza de Ariza.

Sin embargo, en el Caribe, el uso del artículo de se amplía para el caso de parentesco. De esta manera, si bien mi primo responde al nombre de Aureliano Buendía, para corroborar la identidad ese nombre puede enriquecerse con un complemento hermoso: Aureliano Buendía el de la niña Úrsula y José Arcadio. Estos dos artículos antes que denotar propiedad señalan pertenencia a un clan familiar, información que según el conocimiento de los interlocutores y las intenciones de la conversa, permite escalar por las intrincadas ramas de un árbol genealógico que se remonta al inicio de todos los tiempos.

“...tuve la fortuna de encontrarme con otros que estaban como yo desconcertados con este semáforo desalentador...”

temente, el de las personas que buscaban atención, tenía sus propias categorías para clasificar a los estudiantes de medicina que los interrogaban, examinaban y escuchaban con mayor atención, que los médicos ya graduados. Como no lograban recordar nuestros nombres o apellidos, los pacientes solían llamarnos de manera genérica doctorcitos o doctorcitas, y de manera específica se referían a alguna característica física de fácil recordación para ellos: la monita, el gordito, uno alto, un pastuso, uno simpático, uno trigüeño, una bonita.

Esa tarde, el grupo habitual de rotación estaba de turno y fuimos llamados a atender una interconsulta de medicina interna. Bajé al piso de urgencias, revisé la historia clínica, identifiqué el cubículo donde estaba la paciente, saludé, hice mi presentación como estudiante e inicié el interrogatorio. Antes de iniciar el examen físico tuve que salir y dejé a la paciente con mi compañera. Al regresar al cubículo escuché a la paciente preguntar a una joven auxiliar de enfermería si era posible que otro doctor la atendiera, la auxiliar preguntó la razón. La paciente con rapidez respondió: “él es negro”. Al percatarse de mi presencia en el cubículo la paciente calló y desvió su mirada al piso mientras la joven me miraba desconcertada tratando de ordenar las palabras

para romper el silencio incómodo que llenó el lugar. Pasaron pocos segundos hasta que la auxiliar esbozó una sonrisa nerviosa para decir: “tranquila mi señora, que...”, cuando yo interrumpí la respuesta y completé: “tranquila señora, que hay otros médicos para atenderla”. Miré a la auxiliar y le pedí que permaneciera en el cubículo mientras solicitaba que un colega bajara a atender la interconsulta. El turno terminó de forma habitual pero yo ya no sería el mismo.

A partir de la experiencia de aquel turno, comencé a reflexionar inicialmente sobre la influencia del racismo en la relación médico paciente, pero luego amplíé el alcance a la vida cotidiana en esa pequeña parte de Bogotá donde me desenvolvía y a la que consideraba pertenecer. Con esta nueva perspectiva la memoria identificó, con banderolas amarillas, muchas situaciones que ameritaban revisión. Después, con la calma de reflexión pausada, cada una de esas situaciones fue escrutada con la experiencia para confirmar o descartar mis sospechas. Fue desconcertante el balance final: muchas banderolas cambiaron a rojo, muy pocas se mantuvieron amarillas y ninguna cambió a verde. Este ejercicio me enfrentó a un semáforo poco alentador que había estado regulando mi tránsito en la congestionada capital, y sólo hasta entonces era consciente

de ello. Desafortunadamente para mí, este recorrido lo estaba haciendo sólo y pese a la extraña sensación de no hallarme, cedí ante la presión de encajar y naturalicé las rutas, las velocidades, las normas de una oficina de tránsito que regulaba todo y al parecer era eficiente para sobrevivir en el afán infinito de la capital.

La naturalización de las normas capitalinas fueron la única opción durante el servicio social obligatorio como médico en el área rural del piedemonte llanero, y funcionaron bastante bien hasta cuando tres años después de graduarme viajé por estudios a España. Al segundo día de mi primer viaje transatlántico tuve un encuentro revelador con una valiente colombiana con quien me recomendó especialmente un amigo de mi último trabajo. Ella había llegado a trabajar en España hacía mucho tiempo, ya había arreglado sus papeles y conocía de cerca la experiencia del inmigrante en ese, su segundo país.

Acordamos encontrarnos en una alameda cerca a la Cibeles, gracias a la descripción de como estaría vestida la pude identificar y luego de caminar unos minutos fuimos a tomar un café. Una vez superada la fase de la conversación relacionada con el viaje y el lugar donde iba a vivir, me hizo un comentario con intención de hacerme un cumplido. Señaló que yo aparentaba menos edad de la que decía tener y que afortunadamente tenía *braquets* (para esa época tenía el aparataje metálico de la ortodoncia), así me tratarían mejor puesto que parecería un marroquí adinerado o un turista sudaca de paseo por Madrid. Acto seguido me recomendó entonces que aprovechara la situación y de entrada sonriera para hacerlo notar.

El tránsito en Madrid fue corto, a vuelta de tres meses estaba en Colombia con planes de estudiar una maestría. Mis mentores en

Bogotá unánimemente recomendaron la Escuela de Salud Pública de la Universidad del Valle y fue así como hace 12 años llegué a esta ciudad, donde La mona, que pedía prestado el rubio platino a una multinacional de tinturas, me llamaba de forma afectuosa Flaco. Fue en el escenario académico, en la calle, en la vida pública de esta ciudad que comencé a sentir nuevamente esa extraña sensación de no hallarme. Volví a identificar muchas situaciones sospechosas y comencé a asignar otra vez banderolas rojas, amarillas y verdes. Sin embargo, a diferencia de mi experiencia en Bogotá, tuve la fortuna de encontrarme con otros que estaban como yo desconcertados con este semáforo desalentador y, mejor aún, que estaban en franca oposición a este aparato que, apoyado en mecanismos estructurales de racismo, pretende definir el destino de la gente.

Fue aquí entonces donde hice amigas y amigos del alma, de la razón y de la lucha, con quienes comparto tanto la necesidad de disentir como el compromiso por ayudar a construir una ciudadanía respetuosa de la dignidad de la gente. Gracias Cali por hacerme libre, por permitirme sentir tan orgulloso de lo que soy.

YOSETH ARIZA ARAÚJO

El mayor de los hijos de Nancy y Jesus. Originario de un pueblo, criado en ciudades y viajero frecuente entre mundos. Le queda bien el arroz con fideos y prefiere hacer los oficios de la casa escuchando buena música. Comprometido con sus familias: la nuclear, la extensa, y la que ha conformado con sus amigos. Formalmente auto-declarado más feliz desde que le dicen tío.